

ESCENARIOS EN CONFLICTO: IDENTIDAD Y CULTURA

**Milexa Peña
Rosaura Hernández**
UPEL-IPB

Recibido:30-05-06

Aceptado: 25-10-06

RESUMEN

A inicios del siglo XXI, lo que sabemos acerca de las categorías identidad y cultura es todo aquello que la filosofía, la psicología, la sociología, la antropología y la historia nos han legado desde sus parceladas y múltiples interpretaciones. Desde nuestros roles docentes, es necesario tomar conciencia acerca de la cultura y de las identidades individuales y colectivas como punto de partida para comprender la construcción, no sólo de lo social, sino de la persona misma, para de esta manera intentar desatar el nudo del discurso de uniformidad colectiva al que hemos estado atados e imbuidos durante siglos. El estudio se propone reflexionar sobre la identidad y la cultura más allá de sus conceptualizaciones, las cuales denotan un viejo escenario de conflictos, siendo protagonista la persona que, como ser social, asume la configuración de su identidad cultural, no por **obligación**, sino como un **derecho** natural que orienta el ejercicio de una práctica libertaria.

Palabras claves: identidad, cultura, transformación social

SCENERIES IN CONFLICT: IDENTITY AND CULTURE

ABSTRACT

At the beginning of the XXI century, what we know about the categories identity and culture is all that philosophy, psychology, sociology, anthropology and history have bequeathed to us from their plotted and multiple interpretations. From the perspective of our roles as teachers, it is necessary to raise our awareness about culture and our individual and collective identities as starting point to understand the construction, not only of the social field, but also of the person, so that in this way we are capable of unleashing the knot of the discourse of collective uniformity to which we have been tied and imbued with for centuries. This study

pretends people to reflect about identity and culture beyond their conceptualizations, which denote an old scenery of conflicts, being its protagonist the person that, as a social being, assumes the configuration of his/her cultural identity, not under compulsion, but as a natural right that guides the practice of a liberating praxis.

Keywords: identity, culture, social transformation

INTRODUCCIÓN

El artículo que a continuación presentamos fue elaborado como requisito para la culminación del seminario doctoral 'Currículo como Construcción Social', dictado magistralmente por la Dra. Belín Vásquez en el Doctorado en Educación de la UPEL-IPB. A pesar de la obligatoriedad que representaba su escritura en ese momento, el texto también refleja algunas motivaciones e inquietudes que desde el plano personal y profesional nos han acompañado por un cierto tiempo, y cuya relación con la configuración de lo que comprendemos acerca de la identidad y la cultura es innegable. Aún cuando nuestras áreas de especialización son diferentes, nuestros propios caminos se han cruzado en el campo de la docencia, y desde ese campo tan fértil pretendemos mostrar a nuestros lectores el saber que seguimos construyendo con respecto a lo que es identidad y cultura.

Las acepciones de las categorías identidad y cultura son tan diversas como el número de disciplinas científicas conocidas hasta ahora. No existe una sola de estas disciplinas que no haya interpretado desde su visión particular estos dos términos, y por ende que no haya transmitido hasta cada uno de los individuos que conformamos grupos sociales, lo que para ellas significa la cultura y la identidad. A pesar de la amplia diversidad de concepciones, el cuento de la identidad y la cultura nos lo han narrado de una manera uniforme, unívoca, a través de un discurso de hegemonía intachable, sin borrones ni enmiendas, y el cual irrevocablemente hemos tenido que aceptar como la única versión

oficial de la historia contada, aunque nos sorprenda, en nuestras propias escuelas.

En base a lo planteado, en nuestro estudio trataremos de responder si no todas, algunas de las siguientes interrogantes: ¿Cómo podemos hacer praxis educativa sin saber precisar las categorías identidad y cultura? ¿Acaso la identidad no nos permite ser y saber? ¿Tienen relación la cultura y la identidad con el proceso de socialización para la construcción de lo social? ¿Cómo se hace práctica educativa con una gran fragilidad del “nosotros” en los constructos de cultura e identidad? ¿Los conceptos de identidad y cultura nos interpretan cabalmente?

IDENTIDAD Y CULTURA

No es secreto que como docentes tenemos serias carencias al momento de conceptualizar identidad y cultura, a sabiendas de que dichas definiciones no son neutras y que en ellas subyace una carga valórico-ideológica determinante e innegable, que se vislumbra quizás al hablar de una posibilidad de transformación social sin considerar la identidad y la cultura. Las interrogantes arriba mencionadas, con relación a las categorías que manejamos, han recibido distintas respuestas y desde el punto de vista educativo, no han surgido aquellas que conlleven a la toma de conciencia del individuo acerca de su ser, su nivel de acción y participación en la conformación del orden social y, que lo involucren en un proceso real de transformación. En síntesis, la reflexión-acción-reflexión que todo docente debe asumir como propia, no parece estar desarrollándose de manera satisfactoria, no solamente para el contexto educativo, sino también para los demás ámbitos sociales, lo cual contribuye de manera inconsciente con la perpetuación del conflicto en los escenarios de la identidad y la cultura.

Como una manera de fortalecer la fragilidad que tenemos como docentes con respecto al manejo consciente de las categorías estudiadas, comenzaremos por intentar definir y redefinir lo que es cultura. Esta palabra proviene del Latin *colere*, la cual tenía un amplio rango de

significados, tales como cultivar, cultivo, tendencia a cultivarse, habitar, proteger, honrar con adoración. El significado medieval de cultura era honor, adoración. A comienzos del siglo XVI, definían cultura como la tendencia al crecimiento natural y luego se extendió al proceso del desarrollo humano. El sustantivo cultura no ganó importancia sino hasta el siglo XVIII cuando adopta un sentido moderno, por ejemplo a través de la relación ‘gobierno y cultura’. Más tarde, ‘civilización’ se transforma en sinónimo de ‘cultura’, el hombre cultivado se vuelve civilizado.

A principios del siglo XIX, la cultura se asocia con progreso como una alternativa de desarrollo tanto humano como material. Más recientemente, la forma de uso más difundida acerca de cultura es la de las prácticas de actividades intelectuales, especialmente artísticas o folclóricas. En un sentido tradicional, el antropólogo Edward Taylor aporta una de las primeras definiciones registradas de este término en el movimiento contemporáneo de las ciencias sociales, quien sostiene que:

Cultura y civilización, en sentido etnográfico amplio, es aquel todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualquiera otros hábitos y capacidades adquiridas por el hombre en cuanto miembro de la sociedad. (Harris, 199, p.p. 20-21)

La distinción entre cultura y civilización fue manejada por Von Humboldt entrando ya en 1900, quien denota ambos términos como el desarrollo “material” y “espiritual”, respectivamente. Sin embargo, él los revierte, siendo cultura lo material y civilización lo espiritual, aunque en general la distinción opuesta fue la dominante, es decir, cultura es lo espiritual y civilización lo material. En consecuencia, puede hablarse de cultura material e inmaterial. Elementos de cultura inmaterial son las manifestaciones del espíritu tales como la poesía, la música, la filosofía,

mientras que todos los objetos relativos a lo técnico-científico serían productos de cultura material.

En este orden de ideas, Maturana (1997) sostiene que “Una cultura es constitutivamente un sistema conservador cerrado que genera a sus miembros en la medida en que éstos la realizan a través de su participación en las conversaciones que la constituyen y definen...” (p. 22). Con respecto a este concepto, podemos inferir que en la medida en que una cultura se conserva a partir de una red cerrada de conversaciones, se mantiene generación tras generación como una manera particular de vivir y cuando esa red de conversaciones se deja de conservar, la cultura cambia o desaparece. Esta afirmación nos da apertura para comprender la categoría cultura más allá de su definición, al invitarnos a la posibilidad de que surja una nueva cultura en el momento en que la red de conversaciones que la constituye deja de conservarse. Al darnos cuenta de que nuestras acciones pertenecen a esa cultura y nos percatamos de que nuestros deseos, preferencias, rechazos, aspiraciones, intenciones y elecciones no son nuestras, sino que pertenecen a la cultura de la cual participamos, es en ese momento crucial en que indiscutiblemente nuestra identidad individual y social nace como producto de una manera de vivir; dicho de otra manera, todas nuestras acciones son propias de la cultura a la cual pertenecemos como miembros.

Si consideramos lo anteriormente expuesto con respecto al constructo cultura, entonces los referentes culturales son necesarios para que toda persona se configure una identidad, sea esta individual o colectiva. Nos interesa en este momento dar algunas definiciones del término identidad para continuar dando respuesta a nuestra primera interrogante con respecto a la precisión de las categorías en estudio.

Notemos en la siguiente definición las implicaciones del término identidad: “Calidad de idéntico, hecho de ser una persona o cosa, la misma que se supone o se busca, igualdad que se verifica siempre, sea cualquiera el valor de las variables que su expresión contiene...” (Espasa 1, 1985). La calidad de idéntico parece remitirnos a la repetición de personas o cosas que

comparten iguales características, de hombres-máquinas-cosas que pueden reproducirse bajo los mismos patrones y de los cuales se espera que respondan a los intereses de la homogeneización, propias de un capitalismo desarrollado que parece amenazar con el aplastamiento de toda diferencia. En efecto, todo esto implica que dichas personas permanezcan dependientes del control externo y con necesidades de reafirmarse en la negación de los otros, manteniendo así una competencia interminable. De modo que al no construirse o configurarse una identidad individual saludable, no hay cabida para la construcción de una identidad colectiva. A partir de todo esto surge el serio conflicto de las acepciones acerca de identidad y cultura.

Desde nuestras escuelas se habla de identidad como un concepto muy arraigado en nuestra psique y que nos remite a la nacionalidad, como si la identidad estuviera conformada solamente por la zona geográfica en donde nacemos. Así, se nos habla del venezolano, el argentino, el europeo, el americano, etc. como identidades que no tienen nada o poco que ver con los otros, ni con el ser individual. Dicho de otra manera, al medirse la categoría identidad con la complejidad de lo real, el discurso se ve obligado a buscar la ayuda de otros términos complementarios que aparentemente le aportan una dosis de significado que por sí sola es incapaz de alcanzar. Por esta razón, identidad, tal como decíamos anteriormente, suele relacionarse con nacionalidad, ciudadanía, los símbolos patrios, tradiciones, entre otros.

Como hemos notado, el término identidad ha tenido que valerse de otras categorías para poder definirse, lo que refleja la complejidad del mismo, y por tanto, su multidimensionalidad, lo cual no significa que tengamos múltiples identidades, sino una sola conformada por múltiples elementos, como la lengua o lenguas que manejamos, las creencias que profesamos, estilos de vida, el trabajo que realizamos, etc. De ahí que hay autores que prefieren hablar de las identificaciones de la persona en vez de identidad, lo cual nos remite al ser y a su permanente reconstrucción, estableciéndose la misma con la interacción con los demás. De modo que la identificación no es igual a imitación, imitar es simple reproducción, mientras que identificación es integrar en la cultura a la que se pertenece, elementos culturales que satisfacen nuevos deseos y necesidades.

Por otro lado, la construcción de la identidad no está basada en la singularización o en la diferenciación, sino a partir de las relaciones entre el yo y el otro, es decir, desde la intersubjetividad. Aquí cabe preguntarse, ¿quién es el otro? Generalmente, se ha reducido al otro a uno mismo, dependiendo de la cultura en la que nos formamos. La tendencia común ha sido aniquilar la diversidad y darle un valor inferior con respecto a la homogeneización.

A pesar de la tendencia generalizada, Levinas (1995) plantea una visión distinta acerca del otro, y afirma que

(...) si se desea preservar al otro no se lo puede reducir a un objeto de conocimiento ... “el hecho de ser” es lo más privado. La existencia es lo único que no puedo comunicar, puedo decir algo de ella pero no puedo compartir mi existencia ... el otro nunca puede ser reducido al igual por consiguiente siempre es desconocido, fuera de la totalidad del igual.” (p. 409)

Cabe decir entonces que no se trata de conocer al otro, sino de respetarlo demostrándole tolerancia, y de reconocerlo reconociéndonos primero a nosotros mismos. Se trata además de reconocer no sólo a una persona distinta, sino también al ser que hay en ella o él.

El término ‘ser’ surge de manera inmediata cuando se habla de tolerancia y pareciera revelarse a sí mismo como la piedra angular para lograr comprender quiénes somos y quiénes son los otros. Para tolerar al otro como ‘ser’, debemos pensarnos y construirnos a nosotros mismos como “tolerantes ilustrados” (Cruz, 1999), como seres conscientes, con autoconciencia, que aceptamos nuestra autonomía y la del otro, a quien reconocemos como igual al mismo tiempo que lo reconocemos diferente. Lo expresado parece indicar que si nos comprendemos como seres, comprenderemos a los ‘otros seres’. Pero ¿qué es el ‘ser’ y de qué nos sirve saberlo? Recordemos uno de nuestros planteamientos iniciales: ¿La identidad no nos permite ser y saber?

El ser parece estar ineludiblemente relacionado con identidad por lo que consideramos necesario abordar el término. Villanueva y Reinbech (1995) plantean con respecto a ‘ser’:

¿Qué significa ‘ser’? Fenomenológicamente, ser es darse cuenta, estar consciente de que se es. Esto significa que si yo me doy cuenta de mi propia existencia, soy, existo, pero si no me percató de mi mismo, entonces fenomenológicamente no soy ... En la medida en que me doy cuenta de mí mismo, en la medida en que estoy consciente de que existo, soy, de ahí que ser, existir y conciencia pueden considerarse sinónimos. (p. 13)

Lo expresado en esta cita nos invita a reflexionar que cuando un individuo vive inconscientemente sin percatarse de lo que es en esencia, entonces no es. Ser es darse cuenta, es conciencia viva, es vida consciente. Así cada individuo debe enfrentarse en su vida con el antiguo dictamen socrático: “Conócete a tí mismo”. Cuando no somos conscientes, no nos hacemos responsables acerca de por qué no tenemos una identidad personal clara y saludable, ni mucho menos podemos esperar que los demás la tengan si no somos capaces de reconocer los elementos que definen la nuestra. Por tanto, es más cómodo ser el no ser porque al transitar ese camino, no nos sentimos obligados a adquirir compromisos con nosotros mismos ni con los demás.

El compromiso del ‘ser’ nos hace partícipes de la configuración de nuestra identidad y la de los demás, ya que la interrelación del yo y el otro da cabida a considerar al otro como igual pero también como diferente, como decíamos con anterioridad; al comprometernos, nos convertimos en pares horizontales paralelos con respecto a los otros, más no necesariamente en aristas intersecas. Entonces en la medida en la que tomemos conciencia acerca de esta relación yo-otro, donde deben estar implícitos el compromiso, la tolerancia y el ser, en esa misma medida seremos capaces de dejar que la identidad nos permita ser y por ende saber.

Puesto que el ser y el saber son elementos imprescindibles que conducen a la verdadera praxis pedagógica, entonces lógicamente debemos partir de ellos para poder conocer y asumir compromisos como docentes nuevos, dispuestos y capaces de adaptar, manejar y construir su cultura e identidad, en el difícil contexto característico de hoy en día, cargado de valores inestables y efímeros, y de verdades absolutas, creencias y convicciones casi desaparecidas. El ser y el saber les darían al docente la verdadera identificación con su contexto y esto ayudaría para que la universidad se reivindicara con los verdaderos criterios teóricos y científicos necesarios para la praxis pedagógica.

En consecuencia, el detonante del conflicto entre identidad y cultura posiblemente se manifieste en las ansias de encontrar una respuesta no confusa, no contaminada, y posiblemente no descompuesta, más bien deconstruida que se constituya como una vía de acceso al yo, una posibilidad de reencuentro con nuestra propia fragilidad. Pudiéramos decir que esta disertación nos proporciona la ocasión para aproximarnos a la configuración de una identidad y cultura diferentes, a partir de un cambio en las concepciones y representaciones plasmadas en redes de conversaciones no consensuadas. Es decir, en la medida en que nuestras conversaciones cotidianas se alejen de posturas y actitudes fosilizadas, nos acercaremos sin miedo, aunque con incertidumbre, a un camino desconocido con respecto a la identidad y la cultura asumiendo así la transformación con elementos que apunten a cambiar la conciencia.

A MANERA DE CIERRE

Basándonos en los planteamientos iniciales de este trabajo, consideramos que estas reflexiones posiblemente nos han llevado a una concepción de identidad y cultura que sí nos interpreta cabalmente. A lo largo de esta discusión, de alguna manera hemos tratado de redimir y rescatar unas categorías condenadas a la oscuridad y que ellas mismas han venido a presionar sobre nosotros, y han comparecido ante nuestros ojos para pedir ser liberadas. Como docentes debemos hacerles un sitio en nuestro presente y proporcionarles sentido ya que no hemos afrontado la esencia misma del

conflicto-problema, se ha venido percibiendo desde fuera, desde sus resultados aportados por disciplinas distintas a la pedagogía.

Para asumir realmente un proyecto de cambio educativo, es necesario instrumentar las categorías cultura e identidad, tomando en consideración una visión global del hombre contextualizado que nos guíe hacia la comprensión de la praxis educativa en su justo sentido, dándole así coherencia a su discurso. Al construir un enfoque pedagógico que supere la oposición nosotros-ellos, fomentamos el desarrollo de una nueva forma de construir la identidad al enseñar y aprender a tomar conciencia de la misma, siempre y cuando aprendamos a contemplar y vivenciar las características culturales desde una perspectiva histórica y dinámica.

REFERENCIAS

- Bartolomé, P. (2002) *Identidad y Ciudadanía Un reto a la educación intercultural*. Madrid : Nancea S.A.
- Bedoya, J. (1998) *Epistemología y Pedagogía*. Bogotá: Eco Ediciones.
- Cruz, M. (1999) *Hacerse Cargo Sobre responsabilidad e identidad personal*. España: Paidós.
- Harris, M. (1990) *Antropología Cultural*. Madrid: Alianza Editorial.
- Levitas, E. (1995) *Difficile Liberté*. Paris: Le livre de poche.
- Magendzo, A. (2004) *Formación Ciudadana*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.
- Maturana, H. (1997) *Amor y Juego Fundamentos olvidados de lo humano*. Chile: Editorial Instituto de Terapia Cognitiva.
- McLaren, P. (1998) *Pedagogía, Identidad y Poder*. Argentina: Ediciones Homo Sapiens.

Van Dijk, T. (1998) *Ideología*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.

Villanueva, M. (1985) *Hacia un Modelo Integral de la Personalidad. Después de todo ¿quién es el ser humano?* México: El Manual Moderno.